

oso del mundo antiguo

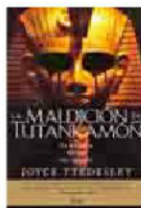


Carter, a la izquierda, y Carnarvon, ante la cámara del enterramiento de Tutankamón.

excavado en la roca del valle, siguiendo la costumbre con la que los miembros de la decimotercera dinastía rompieron con la tradición de levantar pirámides. «Fue la primera vez que el Antiguo Egipto penetró en las vidas de las personas corrientes a través de los medios de comunicación», constata Tyldesley. Y esa poderosa corriente de interés se reforzó con otro acontecimiento cercano. «El brote de egiptomanía que si-

guió en 1922 al descubrimiento de Tutankamón fue exacerbado en 1923 por el desvelamiento de una bellísima y ahora mundialmente famosa cabeza de Nefertiti», descubierta diez años antes entre los restos del taller de un artista que en Amarna estaba rompiendo con los cánones de su oficio.

El hallazgo abrió diez años de investigaciones en la tumba que proporcionaron piezas como la máscara de oro del joven faraón, uno de los objetos más hermosos de la Antigüedad. La riqueza del enterramiento y la gran variedad de lo encontrado no contribuyeron, sin embargo, a perfilar una biografía definitiva del hijo del hereje Ajenatón –en quien algunos han querido ver al primer monoteísta–, muerto de forma inesperada y sin descendencia y, como resume Tyldesley, el único rey que hoy yace en su propia tumba en el valle tebano. «Nuestro abrumador interés por Tutankamón ha distorsionado la percepción del pasado... casi un siglo después de su descubrimiento y más de 3.000 años después de su muerte sigue siendo el más famoso del mundo antiguo. Sólo Nefertiti y Cleopatra VII pueden acercarse a su estatus de superestrella», resume la autora de *La maldición de Tutankamón*.



La maldición de Tutankamón
JOYCE TYLDESLEY
Ariel, 2012

El infierno

Inconvenientes cotidianos que se agrandan
pero que nunca tendrán el rango de tragedia



ROSA SALA ROSE

Aeropuerto de Barajas, doce de la mañana. Espero pacientemente con un libro a que la cinta transportadora regurgite mi maleta. Como transcurre más de media hora sin que eso suceda, me acerco al mostrador de maletas extraviadas. Los demás pasajeros se me han adelantado y se ha formado una cola considerable. Por suerte, no tengo prisa.

Ya casi me toca cuando aparece un hombre desesperado porque en menos de una hora sale su vuelo a Bogotá y necesita localizar antes su maleta. Nos pregunta educadamente si puede colarse. Se lo permitimos, aunque hay quien refunfuña. Pero entonces se le adelanta una guapa muchacha extranjera que, además de cortarnos la cola, increpa a voz en grito a la sufrida señora del mostrador. Pretende que haya alguien de la compañía suministrando información a pie de cinta. Nada menos. Y que dónde diablos está su maleta. ¿Quiero mi maleta! ¿¿¿Qué están haciendo ustedes con mi maleta??? Implícitamente está sugiriendo que la compañía se la ha robado. Ya se sabe, en España...

La señora del mostrador hace un esfuerzo por no perder la paciencia, pero se le nota tensión en la voz. Su maleta se ha quedado en Barcelona, señorita. Si nos indica las señas del hotel, se la enviaremos a recepción mañana por la mañana. La muchacha sigue gritando. ¿Quiero mi maleta ahora! ¡¡¡La quiero ahora!!! El pobre señor colombiano mira el reloj y se pone blanco. Decide cambiar de cola y consigue que lo atienda otra empleada. Bien por él. La señora de mi mostrador ha perdido finalmen-

te los estribos y con un inglés impecable le dice a la joven que, como no rellene de una vez el formulario con sus datos, se dedicará a atender a los demás pasajeros. A la muchacha eso le parece una total desfachatez y llama maleducada a la mujer. Entretanto aparece la madre de la joven, en actitud conciliadora. Nos mira a todos con cara de circunstancias. Está claro que se avergüenza de su hija, y motivos no le faltan. Intervengo para explicarle pausadamente que no es para tanto. A mí me ha sucedido alguna otra vez y me consta que la maleta suele acabar en la recepción del hotel al día siguiente, intacta. La muchacha, que no me hace ni caso, deja de gritar y rompe en desgarradores sollozos, abrazándose a su madre. ¡Es terrible! ¡No te dan ninguna información, mamá! ¡Es el infierno! ¡El infierno!!!

El infierno. Para esta guapa muchacha de buena cuna, el infierno es que se te pierda una maleta en Barajas. Mientras seguía esperando mi turno apoyada en la pared, reflexioné sobre los distintos tipos de infierno que conozco. El gabinete de torturas del infierno medieval, tan eloquentemente reflejado en los altares góticos. O el infierno histórico y mucho más tangible de Auschwitz. O el más actual de Guantánamo. O el infierno marxista de la alienación del individuo en las cadenas de montaje. O el infierno filosófico del vacío existencial. O el infierno neurológico de la depresión. Compuse una lista mental hasta agotar todas las ocurrencias, pero el infierno de perder una maleta en Barajas seguía sin figurar en ella.

Por fin llegó mi turno. Mientras rellenaba el formulario, me di cuenta de que en la lista me faltaba uno, el de Sartre: «El infierno son los demás».

Crónica brillante del fin de la década prodigiosa

1968. Tras el verano del amor, el año del infierno. Con los EE UU acaparando revés en Vietnam, con **Luther King** y **Bob Kennedy** abatidos, con las ciudades inflamadas por protestas negras, demócratas y republicanos se aprestan a elegir candidato presidencial. El presidente **Johnson** ha tirado la toalla y relucen los cuchillos demócratas. Johnson manobra para que le suceda el vicepresidente **Humphrey**, un seguro de derrota cuando es urgente salir de Vietnam. En las filas republicanas, el viejo tramposo **Nixon**, vicepresidente de 1953 a 1961, derrotado por **Kennedy** en 1960, prepara su regreso. Los republicanos se reunieron en Miami a principios de agosto. A finales de mes, los demócratas la pifiaron haciéndolo en Chicago, capital negra del país: manifestaciones y brutales choques con la Policía. Mailer, para entonces un joven novelista superególata y superconsagrado, cubrió ambos acontecimientos para **Harper's**. El resultado es una crónica incisiva y brillante de unos días que marcaron el inicio del fin de la década prodigiosa.



Miami y el sitio de Chicago
NORMAN MAILER
Traducción y prólogo de
Antonio G. Maldonado
Capitán Swing
280 páginas. 19 euros

Un testamento literario lúcido y muy divertido

Ella, la chica del vestido de topos, es inglesa, amigable, bastante ingenua. Él, que la espera al otro lado del charco, es inseguro, tal vez demasiado tímido, aunque prefiere pensar que sólo es «cauteloso y exigente». Ella va en busca de un personaje clave de su infancia. Él, que la acompañará a través de EE UU en una reluciente Volkswagen, sueña con una aventura amorosa.

Sin embargo, el viaje no rueda bien. Dentro de la furgoneta, él y ella no se entienden. Afuera, corre 1968. **Luther King** ha sido asesinado y la violencia sopla en el viento. Para colmo, ¿adivinan dónde está el personaje al que buscan? En el hotel Ambassador, el mismo donde va a caer **Bob Kennedy**. Divertida y lúcida, *La chica del vestido de topos* es la novela póstuma de **Beryl Bainbridge** (1932-2010), una de las escritoras británicas más interesantes de la segunda mitad del XX. Es su testamento literario. Y quienes hayan leído *La excursión* o *La cena de los infieles* ya saben lo que eso quiere decir.



La chica del vestido de topos
BERYL BAINBRIDGE
Traducción de Joan Eloi Roca
Atica de los Libros
208 páginas
18,50 euros